

**Signos de admiración**

**Palabra e imagen desde la capital mexicana**

**MANUEL ANDUJAR**

¿Empieza a reverdecir, en tanto que corriente de época o de editorial perspicacia, el libro que combina, para mejor y condensada exposición temática la palabra y la imagen? Si en la pieza guipuzcoana "Itinerario ocioso" (Jorge González Aranguren-Giullano Mezzacasa) el texto es proporcionalmente parco en relación con la vastedad de las señalizaciones gráficas, las tres obras recientemente publicadas en México, y debidas a Alberto Dallal y Rafael Doniz, despliegan, en pulcros cuadernos de muy cuidado montaje, prioritarios discursos que apelan a lo meramente visual en función de apoyatura y refrendo. ¿Qué distancia de la estricta fuerza representativa de aquellos "Rostros de México" (escenas y tipos costumbristas, lo folklórico punzado de cariñoso humor, reunidos los ilustres", de Juan Rulfo a Diego Rivera y demás pareados contrastes, que Berenice Kolko escogió y que la polifacética Rosario Castellanos, enconada ausencia, prologara) a los candentes caracteres de "Sobre algunos lenguajes subterráneos", del ballarín "Luis Falcó" y de "Tres actores mexicanos".

Palabras e imágenes, en acusada aspiración metafórica, cobran en estos libros significativas tónicas interpoéticas, por su aliento y acento, y resultan interdisciplinarias al hacer reverberar intrincados fenómenos y problemas de nuestro tiempo: sociales, flujos de elevación o deterioro intelectual, las modernas disyuntivas de la convivencia y de la marginación, al igual que el innovador enfoque de la exigente tarea que los artistas-intérpretes se imponen y la implacable estimación del ámbito circular, restringido, en que cualquier actuación de calidad y de veracidad ha de moverse.

Alberto Dallal (novelista y ensayista, autor teatral, crítico en profundidad, coordinador de importantes publicaciones culturales) accede a estos planteamientos por rumbo estético y sensibilidad actual, gracias a un acucioso interés cualitativo por los fenómenos del entorno.

Aunque en consideración apresurada diríanse lejanos, los hilos rectores de la cosmovisión de Alberto Dallal se centran, ahincadamente, en la danza y en la representación escénica. De ahí que estos "repertorios" (para volver a emplear el cuasi autorretratístico término orteguiano) comiencen en los talleres coreográficos de Nueva York, analicen allí la original contribución del italiano-estadounidense Luis Falcó y se detengan en tres afectos actores mexicanos: Rosenda Monteros (que tanto asimiló, como Alberto Dallal encarece, del magisterio de las obras clásicas, del Siglo de Oro español, que le impartiera Alvaro Custodi), el identificante Alejandro Camacho, que en "Las criadas", de Genet, se consagró; más el severo y



Artesanía de México.

viril protagonista de numerosos dramas y comedias de fuste, Claudio Obregón.

Pero, a mi entender y compadecer, danza y teatro, encarnados, personalizados, han sido, de momento (hasta que Alberto Dallal, de Rafael Doniz acompañado, no reanude el zigzag de su ciclo indagatorio), los modos mentales y anímicos de penetrar en los lenguajes subterráneos de la monstruosa metrópoli, ya arquetípica a través de estas décadas, que por su insolidaria índole consumista, su magnitud y ritmo absorbentes, tan abstractos por concretos, engendra sus mismas réplicas rebeldes, por todos los excluidos a consecuencia de unos hábitos y sistemas de valores, entre cínicos e hipócritas, con ambiguas linderos del vicio a la virtud.

El expresionismo corpóreo-espiritual que probablemente manifiesta una de las tendencias más significativas de Alberto Dallal, y pivote es de su pensamiento organicista, se aboca a postulados universales: le induce y conduce a remejer el magma de su macrocefálica capital ("La cabeza de Goliat"), que denunciara el inolvidable Ezequiel Martínez Estrada, en esencia equiparable a las otras urbes desmesuradas y supuradas de nuestra época. Y nos propone una explicación ya predominantemente existencial, y con sus miasmas de fatalismo, de los sectores "heterodoxos", a través de sus disidencias a pocas veces suicidas y cancerígenas, por lo inhibitorias, dada la extensa falta de pública ejemplaridad.

La investigación de Alberto Dallal ha contado con el precioso auxilio de la cámara de Rafael Doniz, en captaciones que con ligero cambio de color facial podrían creerse del hoy barcelonés o matritense: las opacas y sinuosas brillanteces de la prostituta joven-niña, premonición de lo marchito; de abajo arriba, sólo hasta las cinturas, porras en ristre, los miembros de un destacamento represivo; la interminable espera en la cola del autobús; las faces y los antifaces marcados por la droga; la crudeza del beso homosexual; la desoladora hegemonía, en el disminuido horizonte, de las vallas publicitarias. Y un etcétera, estentóreo y sórdido, que se nos antaja "normal" y que precisería atajar con vitales afirmaciones de una regeneración que a todos implica. ■

su propia óptica. Porque si hay algo de fácil contestación feminista son los análisis, por ejemplo, realizados por Freud sobre unas sensaciones que le eran contadas y de las que no pedía, sino que daba, explicación él mismo.

Por otra parte, la situación de la mujer ha comenzado a mejorar en algunos aspectos y, a modo de ejemplo, ya nadie admite la interpretación de su conducta desde un punto de vista biológico, según el cual la mujer actuaría de acuerdo con el momento del ciclo en el que se halle. "Mujer, locura y feminismo" es un conjunto de trabajos sobre distintos temas femeninos, realizados con rigor, desde un punto de vista feminista, a cargo de varias autoras, que supone un paso más en el análisis y en la comprensión de la condición femenina. ■  
CARMEN FERNANDEZ RUIZ.

**Montevideana**

CREO recordar que fue, tiempo atrás, Benito Milla (el hombre editorial de la caraqueña Monte Avila, el español levantino, exiliado, que se despegó, con quejumbres, de Uruguay y de



Matilde Bianqui.

Buenos Aires) quien me ponderó, entre otras virtudes letradas, la fecunda docencia literaria de Matilde Bianqui, que abarca desde su propia obra de creación —publicada, inédita, en avanzado gestar— hasta muy solidarias y netas labores críticas.

Ello corroborado queda por su lírico libro "No habrá más pena ni olvido", que acaba de aparecer en la colección matritense Mare Nóstrum. Y me sugiere, duendes interpositos, que los poéticos afanes, cuando son veraces y cabales como en Matilde Bianqui, constituyen un "estado de sitio": el asedio y asaltos de la